

sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hacia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hacia mí.



dición? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volved hacia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado misión para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y recorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adán.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuése hacia la multitud, y alzando su voz decía:

¿Por qué irritáis al Señor para vuestra per-

Hase hecho la repartición, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos á una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hanse degollado para expoliarse mutuamente, y, con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

He aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna vuestra ira? ¿vuestro brazo no se extenderá jamás sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldición! ¡maldición! La sangre corre á ríos, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: La raza de Adán me pertenece. ¿Quiénes son los más fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agópanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusión anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adán, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oírse de repente, y pareció como absorto en meditación profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entonces el profeta: Señor, no habéis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habéis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y, habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvación, por este signo venceréis.

E hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

XXXI

Cuando después de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe ésta ansiosa agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así también las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya más la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendición.

Los padres dirán á sus hijos: Nuestros primeros días han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas: el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningún viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las vírgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensación, que sólo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y responderán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan; día llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra sólo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; dulces nos son también los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

XXXII

Yo ví una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendía enormes ramas, que cubrían la tierra toda en derredor, de suerte que ésta paraba desnuda, ni una hierbecilla producía. Al pie del coloso nacía una encina, que, después de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, extendiase después horizontal, tornábase á enderezar, y de nuevo se torcía; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mí mismo: Así crecen los pequeños á la sombra de los grandes.

¿Quién se reúne en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le expulsa; tal presencia empañaría sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reúne en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar á serlo, mujeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los extravían.

¿Quién más? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresión, expoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la hierba, y las aves de rapiña en árboles altos.

XXXIII

En la estación en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvía lentamente hacia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hacia la parte por donde el valle tenía salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detrás del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el

haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditación.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decía:

Yo no tenía más que un hijo: hánmelo tomado; no tenía más que una vaca: hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz más débil repetía: Hijo mío, hijo mío; y una lágrima humedecía sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que así se acogojaba, oyó á alguien que decía: Padre mío, ¡sea la bendición de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los míos, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y, levantando los ojos, echó de ver á un peregrino en pie, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envía los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendición. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar su comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí continuo sobre su corazón.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mío, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Venise con todo miserias más grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien más padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudáis, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abrahán, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido trasportado á un gran palacio, junto á un lecho, y había al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormía, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veía el anciano, bien así como durante el día ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí, echado sobre su cama de oro, oía como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido al ruido de las olas que se

estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecía la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormía veía las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacía esfuerzos extraordinarios como si quisiera huir, y no podía, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente trasportado á otro palacio. El que en él yacía acostado, más semejaba cadáver que hombre vivo.

Y, en su sueño, veía delante de él cabezas cortadas; y, abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por tí, y he aquí el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decía á sí mismo: Si pudiese al menos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvían hacia una cuna, sobre la cual habían puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror. Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parajes distintos; y, aunque separados aquellos parajes, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habían sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraían, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sombras deslizábanse en tropel hacia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundían lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frío. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en

que yacía, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió trasportado á otro palacio más grande.

Y el que allí dormía respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oído, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, á quien oprimía y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase éste rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay más leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcía rodando por el suelo.

Y le parecía que vagaba pobre por el mundo, y que, acosado de la sed, pedía de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huían todos de él y le maldecían todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decían ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies: las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios día y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel, es decir, á todos los tormentos del cuerpo y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *patria*: y el otro, después de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegaronles mensajeros.

Y uno de los mensajeros decía: Vuestras pro-

vincias del Mediodía han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: Vuestras águilas han sido destrazadas á orillas del gran río; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Había lanzado á Dios de su corazón, y en su corazón, en el lugar de Dios, había un gusano que le roía sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrían de roja espuma.

Y parecía estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio de un pueblo degollado.

Y he aquí que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podía ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas, y pusiéronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho después, á la boca en fin, y extendía con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavía una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y, una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle: su alma se dilataba de espanto.

Y he aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años.

Y fué la última visión. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le había tocado.

Y díjole el peregrino: Esperad y orad; la oración lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle á ver antes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el día del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha

hecho es bueno; proceden, sí, de Satanás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leído de todos á la consumación de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismo es aborrecer á los demás.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de continuo, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresión, los cuales, cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruído la paz, la seguridad y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construído es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella sólo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada más, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica á los demás á su interés propio, sino antes cada uno

está siempre dispuesto á sacrificarse por los demás.

Si en la ciudad de Dios se introduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, ó expulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán á florecer los pueblos, porque entonces habréis vencido á los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asuelan la tierra, á los hombres de orgullo, á los hombres de rapiña, á los hombres de homicidio, y á los cobardes.

XXXV

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados á sí mismos, sin apoyo, sin auxilio extranjero, ¿qué podrían en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran más auxilio que el auxilio de aquellos á quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaría tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, á fin de que los hombres puedan siempre resistir á la tiranía; y tornaríase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero, habiendo vuelto el pensamiento á otros fines, los dominadores del mundo han opuesto á la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendían, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de las naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Dijoles: He aquí lo que habéis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos más robustos, y dadles armas; adiestradlos á manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos; porque yo les haré creer que es acción gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos y se someterán ciegamente á esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendréis que temer.

Hicieron los opresores de las naciones lo que Satanás les había dicho, y también cumplió Satanás lo que prometido había á los opresores de las naciones.

Vióse entonces á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, aherrojar á sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habían criado.

Cuando se les decía: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, medita la injusticia, pensad en la atrocidad de lo que os mandan, respondían ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decía: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos? respondían: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, exclamaban: Esos son los Dioses de la patria: nuestros Dioses, empero, son los Dioses de sus señores, la Fidelidad y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seducción de la primera mujer por la Serpiente, no ha vuelto á haber más espantosa seducción que esta.

Empero toca á su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es sólo por cierto tiempo. Pasan como al través de horrible ensueño, y al despertarse bendicen á Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos días más, y aquellos que peleaban en favor de los opresores pelearán en favor de los oprimidos; aquellos que peleaban por mantener en cadenas á sus padres, á sus madres, á sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo con los dominadores de las naciones.

XXXVI

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por Dios y los altares de la patria.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresión, para quebrantar sus cadenas, y las cadenas del mundo.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?